LA EXPOSICION RETROSPECTIVA

Pablo Burchard.—Oleo

LA gran exhibición retrospectiva de las obras de Pablo Burchard que organizó la Facultad de Bellas Artes ofreció un conjunto muy completo del esfuerzo de una noble existencia, consagrada por entero al cultivo de un arte y a un ideal de belleza. Es una labor que glorifica a un hombre al mismo tiempo que escribe una página en la historia de la civilización en nuestro país.

Contenía la exposición desde los primeros ensayos del artista adolescente hasta las obras de la plena maestría, en que el artista, cultivado por una asombrosa autodidania, ha podido separar, en su estudio de la naturaleza, todos los elementos ajenos o ineficientes a expresar la imagen interna del mundo exterior. Es esa la virtud de un artista llegado a su pleno desenvolvimiento; no es habilidad manual ni virtuosidad técnica. No quiero decir que le falte a Burchard algún virtuosismo, lo tiene, pero no en el sentido exterior y manual sino la mano invisible del espíritu con que el colorista, sabe encontrar sus relaciones maravillosas.

Ensayemos seguir en breves líneas, la evoción de este espíritu. No encontraremos en él ninguna de esas evoluciones desconcertantes con que las personalidades endebles procuran asimilarse a otros temperamentos, adaptándose a ellos. Burchard habría primero renunciado a todo—y renunció en efecto a muchos éxitos y bienestar transitorio—antes que claudicar, sirviendo las modas, a los dictados imperiosos de su conciencia y de su probidad de artista. Todos los que le admiramos sabemos que él es el único que no ha viajado por Europa, pero sabemos también que nos ha superado en el sentido mismo de nuestras

DE PABLO BURCHARD

preocupaciones coloristicas y en cuanto hemos estimado como más precioso en las adquisiciones del arte moderno.

Sus primeros ensayos señalaban ya al artista probo, al observador sutil y delicado, al hombre que sabe plasmar en el espíritu la sensación óptica. Ved si no el cuadrito «Nocturno». Mucho mejor, no hay duda, que el cuadro que posee el Museo y que ha debido sufrir de los rigores con que el tiempo trata a las pinturas realizadas en malas condiciones técnicas. Pero si el cuadro en pequeño era ya una obra en definitiva ¿por qué el artista se creyó en el deber de ampliarlo? Por esos tiempos, el público y la crítica rugían de admiración por uno de los cuadros más atrozmente vulgares que se hayan pintado y premiado con más magnificencia. Me refiero a los «Fundidores» de Agustín Araya. Es fácil compararle con el «Nocturno» de Burchard, medir las diferencias y figurarse en seguida lo que debía significar para un artista joven, el medio artístico de esa época, que todavía se empeñan en llamar clasicismo, tradicionalismo, y por la cual suspiran algunos artistas, disimulando malamente la insatisfacción de la concupiscencia. Yo sé que desde esos días empieza para Burchard una suerte de amargo renunciamiento, una resignación a ceder el paso a todas las vulgaridades que, so pretexto de cuadros de composición, se han premiado con grandes medallas y recreativos viajes. En tanto, el instinto irresistible del color, de la atmósfera, de la distinción, imposibilitaban a nuestro artista para rendir la figura en «trompe l'oeil», hinchada, en la regla seca del virtuosismo sin contenido caro a los admiradores de «La perla del mercader». Si por

Pablo Burchard.—Oleo

Pablo
Burchard.

Oleo

Oleo

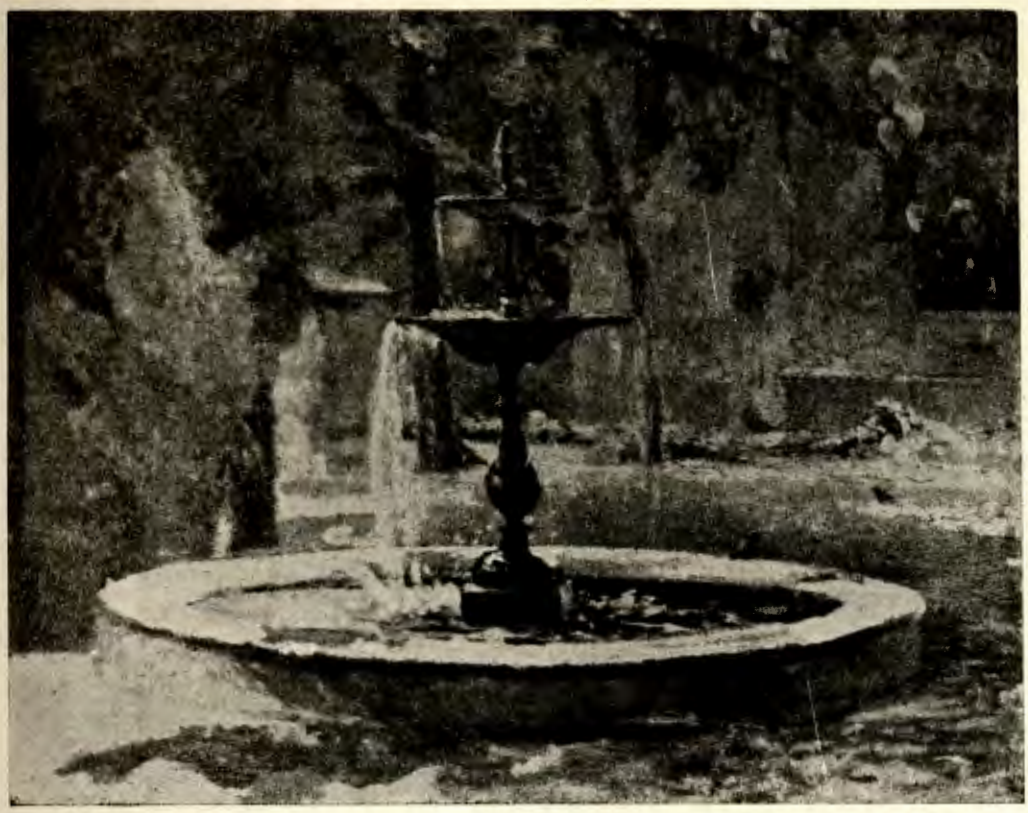
Pablo Burchard

Pablo
Burchard

Oleo

Oleo

Pablo Burchard



Oleo
Pablo Burchard

Oleo
Pablo Burchard

Oleo. Pablo Burchard

Es en esta tendencia que pintó su paisaje Plaza de Pedro de Valdivia, que le valió su primera medalla en el Salón Oficial de aquellos días. No se pasó todo sin reticencias de parte del jurado. Aquella pintura de atmósfera luminosa, más vecina de Raffaeli que de Manet, no podía satisfacer el apetito de espectáculo de los gustos de entonces; y naturalmente no se pensó en procurar a Burchar del viaje a Europa que tan útil es a las naturalezas capacitadas y fuertes como ineficaz a las otras. Pertenecen a este mismo estado de su evolución artística otros bellísimos paisajes. El pintor se desenvuelve ya con seguridad, pero dista todavía del florecimiento a que ha llegado en estos últimos años. Si su colorido es delicado y transparente su visión casualidad, algunas de sus figuras es admitida en los salones es bajo condición de no pintar sino el paisaje. Debe, en consecuencia, consagrarse al aire libre y es así como su sensibilidad le conduce al impresionismo en una época en que se pensaba de esta escuela, que consistía en ejecutar rápidamente una mancha, las más veces con pardos, violetas y otros colores de convención. Pero de disciplina, de la sumisión a las sutilezas atmosféricas era Burchard el único que se preocupaba. Acaso ignorándolo él mismo mantuvo, junto con Valenzuela Llanos, una fe constante al ideal del impresionismo; pero, eso sí, sin caer en las preocupaciones sistemáticas de la escuela. Al impresionismo llegó saliendo de las influencias de la escuela romántica de Barbizon, que tan saludable le fué a él y a otros artistas como Arturo Gordon, Jerónimo Costa y Agustín Abarca.

Oleo. Pablo Burchard.

no se realiza todavía en las orquestaciones admirablemente afinadas de los últimos tiempos. Poco a poco, algunas telas admirables de justeza van adquiriendo un total tan perfeccionado y concordante en todos sus matices que, no obstante estar trabajadas sus secciones repetidas, rinden con extremada sutileza la impresión de un momento. Allí el artista deja de lado todo contraste de luz y sombra y consigue realizar en una tonalidad gris un juego de matización tan rico como amable y suave. Yo no puedo negar que en algún momento la bella templanza de Burchard pareció perturbarse, posiblemente con la algarada de coloretes discordantes de cierto desgraciado modernismo y sus tonalidades cayeron ligeramente en la tinta. No tarda en salir airoso de la prueba y su pintura alcanza la naturalidad armoniosa en que le encontramos hoy en día, en que parece haber abandonado deliberadamente toda descripción topográfica en su paisaje para dejar, como principalísimo motivo de sus telas, las afinaciones del color luminoso. Pero no se piense que se trata aquí de orgías de color, ni de colores del tubo. Nada es más opuesto al temperamento de Burchard que la incontinencia. Como todo artista que se renueva cada vez que trabaja, se diría que investiga y tiembla de emoción en cada nueva tentativa. Es que su actitud delante de la naturaleza y el arte es, a la manera del gran Cézanne, la del eterno estudiante. Por eso es que no le vemos detenerse en fórmulas, ni se le siente virtuoso de malabarismos insulsos.

En líneas generales, es así como puedo apreciar la labor de un artista, a quien debo muy buenos consejos y mejores ejemplos y con quien me ha ligado durante largos años fraternal amistad. No sin pesar renuncio a extenderme en consideraciones sobre la condición de sus dibujos que me han parecido siempre de la mejor calidad. Aquí Burchard, con la voluntad del artista, se esfuerza en buscar el carácter de su modelo al mismo tiempo que un sentido de austera elegancia. Sus acuarelas son otro aspecto de su obra que merecería capítulo aparte. Yo me resigno a dejar a otros o a otra ocasión lo que no puedo realizar hoy día, pero no será sin ofrecer, desde estas columnas, que, honrándome mucho, me ofrece la Facultad de Bellas Artes, el homenaje de mi admiración al maestro que es honra de la Facultad.

Jorge Letelier.

GEORG WALTER RÖSSNER

EL profesor Rössner, de la Escuela de Artes de Berlín llegó hasta nosotros en virtud del intercambio de profesores y de alumnos ofrecido a Chile por el Gobierno alemán. Para nosotros el convenio significa un doble beneficio: primero, la presencia aquí de una personalidad, cuya experiencia y capacidad podrán ser útiles en la proporción misma de la inteligencia que demuestren los chilenos para aprovecharla; segundo, merced a este intercambio tres artistas chilenos residen, en este momento en Alemania, de donde traerán un valioso aporte de ideas que renovará una vez más a nuestro ambiente, que en razón de su distanciamiento de los centros culturales y